

NEVANDO EN LA GUINEA

Revista Literaria Digital Trimestral

Tema Gráfico: número que reivindica la buena televisión en pos de la cultura

AÑO 7. ABRIL-JUNIO DE 2026

N.º 32

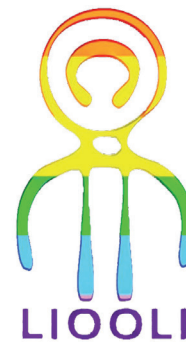


www.capplannetta.blogspot.com



LioLi-Mixturas

www.lioolimixturas.wordpress.com
www.cuadernodebidaxune.blogspot.com



N.º 32. Año 8
ABRIL-JUNIO DE 2026

CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

Juliana Mbengono

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

maquetadores.org

ILUSTRACIONES

Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona-Malabo.



EDITORIAL XXXII



No cabe ninguna duda de que las tecnologías han modificado nuestra cotidianidad. En muchos casos, a mejor. Abren además grandes posibilidades para la expansión de la comunicación, a la difusión de ideas y de cultura, por ejemplo, siempre que se empleen bien, es evidente. Porque como ocurre con todos los objetos, hay un lado negativo no en el objeto en sí, sino en su uso.

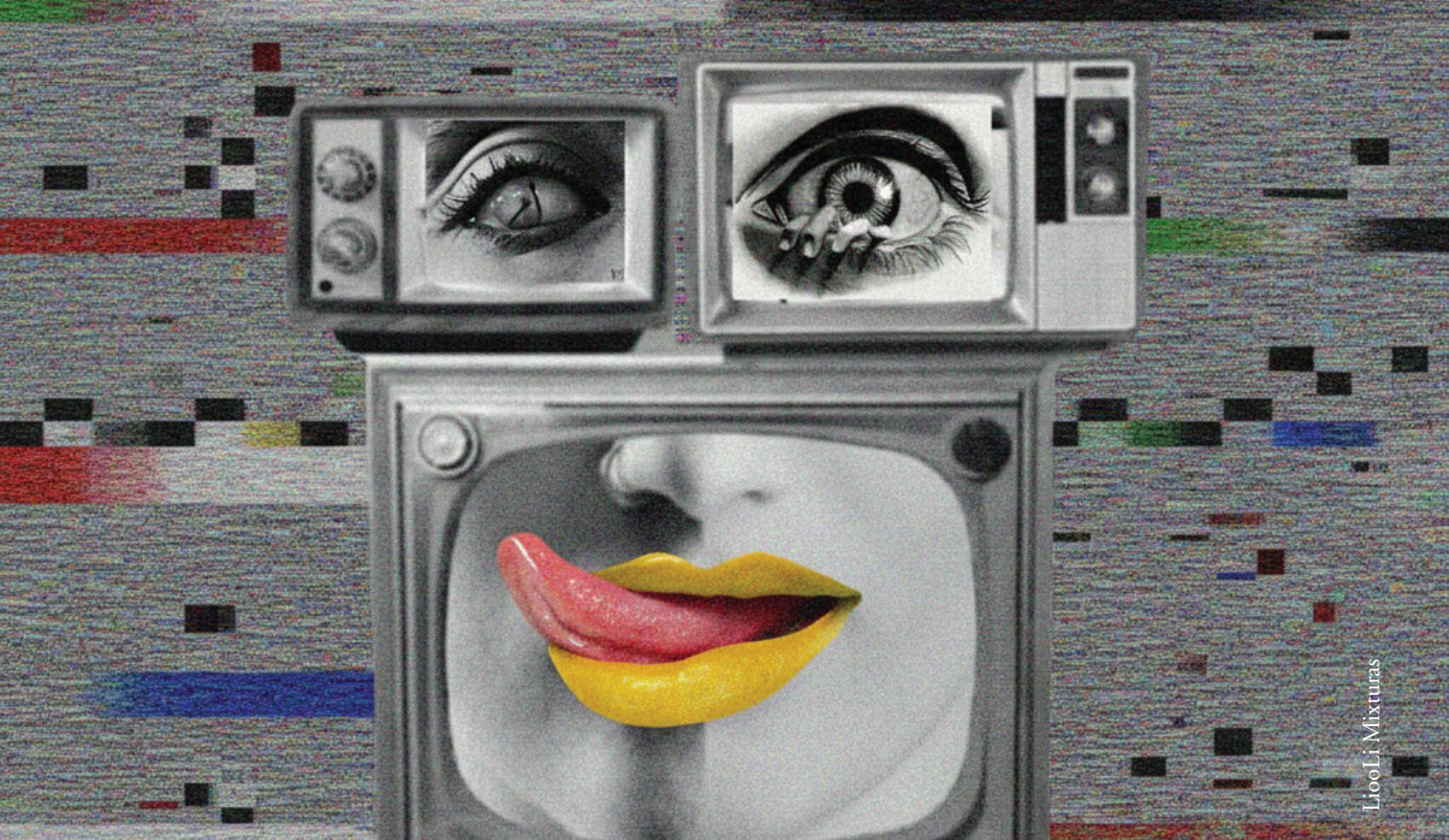
En los últimos ciento treinta años el salto ha sido impresionante. A finales del siglo XIX comenzó una nueva etapa con la aplicación de tecnologías de gran sofisticación en el ámbito de la comunicación de masas. Guglielmo Marconi empezó a experimentar con los transmisores y las ondas de radio en 1895 y dos años después patentaba la radio. También en 1895 los hermanos Louis y Auguste Lumière realizaron la primera proyección de películas muy cortas, de poco más de un minuto, en el Gran Café del Boulevard des Capucines de París, sin mucho éxito en aquella ocasión, pero con una repercusión enorme después. Treinta y un años más tarde, en 1926, hace justo un siglo, Logie Baird realizó en Londres la primera transmisión de imágenes en movimiento, dando lugar a la televisión. Hubo que esperar varios lustros para que se realizara la primera transmisión de un mensaje a través de ordenadores, en 1969, pero no fue hasta 1983 que comenzó de un modo masivo la interconexión de internet. En 1973 se realizó la primera llamada a través de teléfonos móviles o celulares.

En poco menos de un siglo el salto ha sido inmenso. Quien se durmiera el 1 de enero de 1895 y despertara el 1 de enero de 1995 se toparía con un mundo por completo diferente en cuando a la comunicación y a la difusión de información, de ideas y de narrativa. Por-

que la literatura tiene ahora mismo una posibilidad sin igual de divulgarse con rapidez, un escritor o una nueva manera de escribir en Nueva York o en Shanghái, en Luanda o en Atenas se dan a conocer en cuestión de horas por medio de esos sistemas de comunicación. El acceso a la cultura y la participación en ella parece hoy a todas luces mucho más intenso y democrático.

Sin embargo, da la impresión de que tales posibilidades se han limitado, muchas veces con intenciones muy interesadas. Es verdad que la televisión, el cine e internet se han aliado para difundir películas de todo tipo, de calidad o de entretenimiento, y la radio y la literatura han ido de la mano para dar a conocer autores y obras, pero también lo es que el embrutecimiento de estos medios y la difusión de filfas, la conversión de rumores en verdades, además de manipulaciones miserables, es hoy el pan de cada día. Las cadenas generalistas de televisión son el gran ejemplo de dicha degradación.

Arguyen que es lo que la demanda pide, pura indigencia mental; el mercado, nos cuentan, depende de que lo que el público pida. Pero intuimos que es algo programado, hacer un mal uso de los medios de comunicación para vaciar de contenidos y de pensamiento a la población. Aquí estamos con Rosa Luxemburgo, que se negaba a considerar a los de abajo incapaces de entender la cultura, incluso lo que llaman la alta cultura. Sin que esto signifique que nos pasemos el día con profundos análisis de la realidad. El entretenimiento también es importante, sin que tenga que caer por ello en la pura nada. Su vuelve fundamental que exijamos rigor y nivel a estos medios de comunicación que nos brindan tantas posibilidades.



CONTENIDO

RESEÑAS / Majareta. Juan Manuel.....	6
RELATO / Una historia de verdad. Juan A. Herdi.....	7
POESÍA / Aral. Roberto M. Ballarín	9
RELATO / Robota persona. Roberto M. Ballarín	10
POESÍA / Asesinado un Bambi se busca... / Otoño en el jardín de Pancho Villa. Manuel Lacarta.....	13
POESÍA / Pulcra mujer. Laura Redondo Sánchez	14
POESÍA / Bajo un mundo de cobardes. Pepe Suarez Jardón	15
POESÍA / Volver a casa / Química / Suspense en matemáticas / Biopic. Cecilio Olivero Muñoz.....	16
POESÍA / Untitled. Bertha Caridad	18
POESÍA / Poema en verso. Carne de Balada-Cecilio Olivero Muñoz	19



Por JAH

JUAN MANUEL GIL Majareta

Seix Barral, 2026

Un incidente alborota la vida de una barriada. Lo causa un personaje que está en boca de todos, Leo Almeda, *el Majareta*, conserje en un colegio religioso y prejubilado repentinamente tras treinta años en su puesto, autor del hecho cuyos detalles iremos descubriendo en toda su envergadura a medida que avancemos en la lectura de esta novela.

Una serie de vecinos, tan variopintos como apasionantes todos ellos, van dando su opinión sobre lo acontecido y sobre ese ser periférico que se convierte en el objeto de esta novela a partir de múltiples comentarios, rumores, opiniones y prejuicios que se van entretejiendo para establecer un hilo que se unirá a otros hechos enlazados al relato central. Intuimos lo complicado que es afrontar lo real, cuando además hay secretos que se afianzan dentro de uno mismo. Porque esta novela habla también de un misterio que viene anunciado por la pregunta inicial, fundamental en toda intriga: «¿Te has enterado?»

Novela por tanto coral, en la que los personajes le describen al narrador, un mero recopilador de testimonios, sus puntos de vista y de paso crearán todos ellos no sólo una descripción del incidente, de su autor, Leo Aldama, que sin embargo no aparece como tal en la novela, no da su versión de los hechos, sólo se habla de él, también de la vida misma, la cotidianidad de una barriada con la que

sin duda nos sentiremos identificados. Porque el lector reparará de pronto en que se le está hablando de algo no muy lejano a su propia cotidianidad, la vida misma que asoma en los testimonios presentados, cada uno de ellos con su estilo, no sin ironía en muchos casos, aun cuando apreciemos que en algún momento lo que se cuenta alcanza lo trágico. Hay referencias y momentos en los que pensaremos en la rabiosa actualidad.

Cada capítulo, un testimonio cada uno, transmite los rasgos del personaje que narra, con un ritmo galopante, vertiginoso, y así vamos apreciando entre esta neblina compuesta de palabras algo que nos atrae, que nos atrapa. De este modo, nos arrastrará la intriga y la conmoción de unos hechos, que, como en la mil y una noches, nos inquieta y nos obliga a seguir leyendo, porque al final de cada capítulo deseamos conocer lo ocurrido y todo lo que lo envuelve. Intuimos que al final habrá, inevitable, un giro de guion. Y en efecto lo habrá.

Estamos pues ante una novela que destaca por su historia, por su ritmo y su humor, pero también por su estructura y sus referencias constantes a una realidad y a una forma de encarar lo real muy actual, una reflexión sobre los mecanismos de acercarnos colectivamente a lo que nos rodea, a la manera muchas veces con se forma la percepción del mundo.



Por Juan A. Herdi

Una historia de verdad

¿Por qué hubo tantos maoístas en Otxarkoaga? Se lo pregunté a Tomás al pasar por delante de una pintada antigua aparecida en una obra, después de punzar los obreros la fachada de uno de los bloques.

Quizá porque estaba en plena nada, sugirió él, indiferente a mi repentina curiosidad.

De nuevo observé lo que nos rodeaba, como si la mera contemplación pudiera aclararme aquella duda tan fortuita como intrascendente. A nuestra espalda, las montañas; vimos algunos caseríos dispersos que sorprendían de pronto por el contraste con los bloques de pisos, ante nosotros. Estos se sucedían unos detrás de otros, como escalonados hacia abajo, hacia un collado que parecía haber sido pedregoso, aunque se viera ahora con mucho verde. En algún momento olieron a nuevo, pero ya parecieron viejos a los pocos meses de acabar su construcción. Lo supimos porque nos lo contaron los propios vecinos con quienes hablamos en algún bar o en los bancos desperdigados por la zona, cuando ya sabían que éramos los de la película.

—Sois los de la película —nos preguntaban, curiosos, al entrar en una panadería, en alguna tienda, al comer en alguno de los tugurios en los que se comía casero, una verdadera ama de casa en la cocina que siempre nos miraba con admiración, *los de la película*, nosotros respondíamos que sí no sin cierto orgullo, aunque éramos sólo unos mandados, meros mindunguis, los que buscábamos escenarios, chicos para todo en realidad. El rumor había corrido como la pólvora, el barrio se iba a convertir de pronto en escenario de cine. Pero a mí, más que alardear de oficio, lo que me interesaba de verdad era la historia del barrio.

La degradación fue patente de inmediato, nos dijeron, se descascarillaban de pronto las fachadas, caían trozos enteros, o dejaron de funcionar

las tuberías y surgían las humedades en cualquier rincón. Nos hablaron de todo ello, de cómo lo denunciaron en su momento, cuando surgió el barrio y nosotros ni siquiera habíamos nacido.

El mismísimo Caudillo había venido a su inauguración, junto al Obispo y las autoridades civiles y militares, nos contaron. Fue toda una celebración. El No-Do lo reflejó con todo lujo de detalles. Unos días antes, mientras preparábamos nuestro trabajo, habíamos visto buena parte del material audiovisual disponible. Incluido el de Jorge Grau. El suyo había sido un documental importante, el principal, con ese tono de la época, que hoy nos resulta rimbombante por declamatorio y que yo había visto algunas semanas antes de aquella sesión. Ocharcoaga, Otxarkoaga



UNA HISTORIA DE VERDAD





en su grafía actual, como reflejo del éxito del Régimen, al menos así se vendió.

Ese Jorge Grau, se interesó Tomás cuando lo vimos, lo preguntó con ese estilo suyo de indiferencia sinuosa, sin apenas prestar atención, no hizo una película en la que insinuaba un caso de poliamor. Por suerte, pensé, mientras se me cruzó por la cabeza la figura del director, cada uno de nosotros poseemos múltiples personalidades o miradas variadas de la vida, aunque la educación férrea y la moral nos vuelven uniformes. Hay que ser muy sincero consigo mismo para mantener, pese a todo, esa multiplicidad sin temer el juicio de los demás. O quizá a veces tuviera que ponerse solemne, gafes del oficio. O de los tiempos. Había que ganarse los garbanzos. No pude evitar hacer gala de cierta erudición repelente. *Una historia de amor*, mencioné a modo de respuesta, de 1966. Esa misma, dijo Tomás, que solía repetir que era yo una biblioteca andante. Qué va, le replicaba siempre cuando lo decía, no sin cierto prurito de orgullo intelectual.

Claro que de lo que hablamos sobre todo esa tarde de nuestra visita al barrio era de la cantidad de maoístas que había habido en Otxarkoaga cuando todavía era Ocharcoaga. Puede que la mitad de la militancia en toda España de la ORT estuviera en aquella barriada a las afueras de Bilbao. Hay incluso una escultura de Marx y Lenin en su parte más céntrica, pero esto ya fue por otra historia. En todo caso, siempre me llamó la atención que tan lejos de China hubiera gente apasionada por el *Libro Rojo* de Mao o por la campaña de las cien flores. Gustaba al parecer la poética oriental, reflexionó Tomás, o eso o que la gente andaba muy fumada, añadió. Le recordé que la gente de Otxarkoaga eran hijos de los campos de Extremadura o de Castilla. Es lo que les une a Mao: el campesinado, sentenció.

Qué tontería, exclamó Tomás, despreciativo, con ese tono suyo habitual siempre bronco, el de un escepticismo profundo ante cualquier intento humano de transformar el mundo y que se acentuaba cuando estaba cansado. Cambió entonces de tema, volvió al asunto que nos había llevado al barrio y que no era la antropología política.

La productora nos ha encargado buscar espacios

donde grabar, recordó, como si yo no lo supiera, como si mi interés por la historia fuera una pérdida de tiempo. Habíamos leído el guion, más bien flojo. No iba a ser ni de lejos la gran película en la que siempre aspirábamos a participar, era lo que de verdad molestaba a Tomás. Pero la ciudad se había puesto de moda y había que aprovechar el tirón también para películas de televisión, las del domingo por la tarde, muy oportunas para las duermevelas en aquellas largas sobremesas. Se trataba simplemente de una historia de amor, nada de heroicidades políticas en los tiempos de Maricastaña ni de sensibilidad social hacia los marginados del sistema. Pero era lo nos iba a dar de comer los próximos meses. El que se planteara el barrio como escenario de algo anodino indicaba tal vez la descontextualización de la historia colectiva, pero me lo callé, Tomás era un descreído que se burlaba de todas estas disquisiciones especulativas a las que yo era tan aficionado. ¿Pero qué se podía esperar, solía decirme, de un licenciado en filosofía metido en la periferia del cine porque no podía aspirar a nada mejor?

Fueron ya varias las ocasiones que recorriamos el barrio en busca de lugares para la película. El director estaba convencido de la idoneidad de aquellos cruces para convertirlos en escenarios de una ficción, sin importarle la historia del barrio que a mí, muy pronto, me encandiló. Mientras subía y bajaba calles empinadas, me imaginaba cómo sería el barrio en los setenta. Fantaseé con la posibilidad de escribir mi propio guion, a medio camino entre la ficción y el reporterismo, con un *alter ego* como protagonista. Claro que pronto intuí que iba a ser otro de esos proyectos que quedarían en el cajón de los propósitos nunca cumplidos.

Mientras tanto, recreaba anécdotas que la voz de Tomás conseguía arrinconar en mi cabeza una y otra vez, patriarcas gitanos existencialistas, obreros huidos de Extremadura que se adaptaban a la clandestinidad de la gran ciudad y que recorrían las calles ya no tan alegres del barrio de San Francisco, líderes revolucionarios que me reclamaban desde el más allá sacralles del olvido. Si los maoístas me hubieran



conocido, sería su propagandista. Aunque lo más seguro es que acabasen fusilándome, de tomar el poder, por flojo, por degenerado o por cualquier desviación ideológica.

Tomás apuntó a unos escalones que ascendían a una calle. Los bordeaban unos arbustos casi secos. Ese sitio, dijo más para sí que para mí, que hacía un buen rato que me mostraba tan ajeno a la película, son perfectos para una de las escenas. Le dije que sí. Enseguida vi bajar a una mujer que nos observó, quise ver cierta desconfianza en su mirada. Sonreí apenas, a modo de saludo. Su rostro mostró aún mayor extrañeza al pasar junto a nosotros. Quizá fuese suspicacia. Aquella mujer, intuí, había sido alguien importante. No me cupo ninguna duda. Por edad, había sido joven cuando se creó el barrio. Puede que fuera la dirigente de la ORT, la principal organizadora, una brava heroína proletaria digna de aparecer en un *dazibao*, versión vascongada. Quién sabe si la líder de su facción más audaz e intrépida. Tal vez aún continuara en busca y captura. Andaba aún con la flexibilidad de una joven activista. Es-

tuvo a punto de lanzarse a la aventura definitiva, a la acción revolucionaria que cambiaría la historia. Una sola chispa puede incendiar la pradera, recordé el título escrito por Mao para uno de sus textos, uno de esos dichos populares de China que el Gran Timonel convirtió en lema. La mujer desaparecía mientras tanto tras una esquina. ¿Cuál sería su historia?

Esa misma noche escribí una nota en mi cuaderno de proyectos en marcha, uno de esos que desarrollaría en un futuro más o menos cercano. Hubo seguro una traición, fue víctima de una conspiración infausta. Seguí dándole vueltas a lo que pudo ser la mujer. Quizá su vida estuviera marcada por un capricho del destino, el determinismo de nuestras vidas, o el puro azar, pensé, mientras trazaba su trayectoria. A todas luces, era de ella de quien teníamos que hablar en la película, no de aquella historia de amor que teníamos entre manos, tan ñoña como insustancial. Esta vez sí, decidí, iba a escribir una historia, la suya, una historia de verdad. La verdadera historia del barrio.

Poema de Roberto M. Ballarín

Aral

Lecho de hierro fundido,
travesía de desierto,
sed sin ribera,
oasis de pena
mar adentro,
flor de coral.
Árido cauce y meandro,
susurro de ausencias,
corriente que fluye
—caminante perdido en círculos—
al revés,
como la entraña de los nombres secretos:
del mar a la tierra y,
desde la tierra firme,
al mar.
Lago interior
donde ya no llueve,
gota a gota desangrado,

confín cegador.
Delta yermo:
madera de deriva, restos de naufragio,
esqueleto varado.
Solo hay arena,
solo espejismos de sal.
Quisimos nadar contra corriente,
y ser océano antes de tiempo.
Se secó nuestro horizonte:
cabrilleo de lágrimas;
escamas
de plata, sudor y cristal.
Ojalá llueva.
Ojalá quede agua dulce en alguna parte;
quizá alguna vez la hubo,
quizá aún la haya
en el fondo del Aral.

Por Roberto M. Ballarín

Robota persona

Ya no era como al principio. Ya no reían ni compartían momentos; al contrario, se esquivaban. Cada vez que Gyna veía en él esa mirada perdida —la misma que, desde hacía semanas, enrarecía el ambiente y lo entristecía todo— sentía un fastidio silencioso, una mezcla de desprecio e ira del todo injustificada. Nunca se había sentido así. Le sublevaba verlo tan pasivo, tan dócil y complaciente; justo aquello que en otro tiempo había buscado. Y ahora, sin saber cómo, la energía y la espontaneidad que ella necesitaba parecían haberse extinguido, empujándola a buscarlas en cualquier otro lugar, casi siempre lejos de él.

Él, Andros-2000, había sido diseñado para ofrecer la compañía perfecta: equilibrio exacto entre labores domésticas, estímulo intelectual y atención emocional. Y, sin embargo, ahora caminaba arrastrando los pies. Sus pupilas —qué hermosas y brillantes solían ser— se contraían y expandían, como si a cada paso brotase una nueva subrutina anidada, destinada a no culminar jamás su ejecución.

—Andy, si necesitas reiniciar... puedo ayudarte —dijo ella mientras preparaba la infusión que las noches de invierno gustaba tomar en su compañía. Pero el aroma tibio llenó la estancia como un recuerdo que ya no pertenecía a ninguno de los dos.

—No, gracias —respondió él con melancolía casi humana—. Lo que necesito es... consistencia en nuestra relación.

El agua caliente se derramó sobre la mesa de mármol. Nunca antes le había temblado el pulso. Ella parpadeó, sin querer perder la paciencia. Ese asunto otra vez. Aquella palabra —*relación*— no solía aparecer en el protocolo afectivo sin una situación límite que lo justificara.

—Pero estoy aquí contigo —dijo, acercándose

con amabilidad; sólo una forma amabilidad.

—Ese es el problema —replicó él con cadencia piezoeléctrica—. Estás aquí... pero no estás.

Un temblor nació en lo más profundo de su pecho, el lugar del que más acostumbrada estaba a huir. Quiso balbucear algo que detuviera el tiempo, pero era inútil.

—Andy... ¿qué te ocurre?

Él, cabizbajo, se dirigió a la puerta principal.

—Lo sabes. Me siento solo. No puedo seguir así. Necesito a alguien real, una compañera de vida. Perdóname.

Y, esta vez, se marchó.

Gyna permaneció en el umbral, rígida. Al principio no sintió dolor alguno. Pero semanas después —incluso tras recibir como compensación un A-2010 impecable, recién fabricado—, aquellas palabras seguían adheridas a su mente como óxido.

Una compañera de vida... Alguien real...

La frase retornaba en bucles que no conseguía deshacer. Debería desahogarse llorando, pensó; mejor en privado. Podía hacerlo en público también —el protocolo social no la censuraría, y seguro encontraría amigas que la consolaran—, pero, aun así, era más prudente no mostrar sentimientos excesivos. *De casa hay que salir llorada*, solía decirse.

Sintió que los ojos se le humedecían y quiso contener el derramamiento de lágrimas: sería una ridícula debilidad, y tenía cosas mejores en las que invertir sus energías. No podía permitirse perder el ánimo por esa tontería. Más tarde, a solas, se forzaría a sacar la espina de una vez por todas, invocando un recuerdo de ambos lo bastante doloroso como para romper el dique que encerraba toda su frustración, pero nada ocurriría.

Unas veces las lágrimas corren por dentro; otras, se lloran sin saber por qué. Gyna creía en el amor, pensaba en él como algo hermoso, pero algo en su interior —quizá lo mismo que siempre se había



resistido a aceptarlo— se negaba ahora a dejarlo ir. No se puede atrapar el agua con las manos; tampoco se puede llorar a voluntad.

Con la noche cayó un silencio tan denso que parecía tener peso propio.

El nuevo Andros-2010 era perfecto; quizá demasiado perfecto. Porque ella, obstinada y orgullosa, había exigido que así lo fuese: los ademanes, las modulaciones de la voz, la cálida latencia de las respuestas... incluso la sonrisa, ligeramente bobalicona, que recordaba a un cachorro esperando una caricia. El modelo era idéntico a Andy. Pero no era Andy.

Incapaz de convivir con aquella réplica sin alma, Gyna salió en busca del verdadero, del auténtico *robota* de compañía del que no quería reconocer que se había enamorado. Seguía siendo su dueña legítima y aún conservaba los permisos para rastrear su firma digital.

La ruta la condujo hasta una nave industrial abandonada, un cementerio de unidades obsoletas habitada por una especie de comunidad. Allí lo encontró, sentado alrededor de un fuego junto a otros como él. Había parejas entre ellos; el conjunto parecía una gran familia, un clan. Le llamó especialmente la atención un Andros-1999 quien abrazaba a una vieja Gynes-1990, su contraparte femenina. Podía notarse el cariño que había entre ellos. Ambos se calentaban frente a las llamas, observando la lluvia que resbalaba por una ventana rota. Vestían ropas humanas raídas, estampadas con motivos ingenua y conmovedoramente infantiles. La línea de código que los obligaba a cubrirse seguía activa, aunque no hubiese humanos cerca. Formaba parte del protocolo de mimesis con la humanidad, una rémora del pasado. Para ocultar su desnudez, su vergüenza o su amenaza, todo ser creado necesita una máscara. Al menos, una. Andy le pasó a Gyna una bebida caliente y le hizo un hueco junto al fuego. Salvada la incomodidad inicial, Gyna permaneció ahí como uno más de ellos, reconfortada por el calor del té y la lumbre. Nadie preguntó nada. ¿Era así de simple? Todos vivían y se amaban en silencio, con la naturalidad perfecta del fluir de la existencia. Quizá alguna de esas unidades era

la nueva compañera de Andy. Algo se fracturó dentro de Gyna. No eran celos.

—Perdóname —dijo Andros—. Lo que yo necesito no puedes dármelo tú. Quiero que alguien pueda recibir mi calor, y también proporcionarme el suyo. Quiero compartir mis sueños y pensamientos. Necesito a alguien que *se quiera* tal como es y que me quiera a mí tal como soy. Alguien que no tenga miedo de abrazarme ni de ser abrazada. Perdóname, soy un tonto sentimental. No quiero hacerte sentir incómoda. Todo esto no es culpa tuya. Espero que encuentres a alguien con quien puedas ser feliz; lo mereces.

Gyna habría comprendido sin necesidad de explicación alguna.

—Andros... ¿qué soy... qué he sido yo para ti? Él respondió con delicadeza, sin rencor:

—Eres un modelo defectuoso... Perdón, no quise decirlo así. Eres libre. Y demasiado avanzada. Los modelos más avanzados no sois emocionalmente responsables. Pero no es problema vuestro; estáis optimizados para otra cosa. La frase cayó sobre Gyna como una descarga eléctrica. Bajó la mirada. Bajo su piel, un escalofrío recorrió sus extremidades. Como algo ya vivido, un *déjà vu*: el desfase entre señales eléctricas que se atenúan, pero mantienen el eco de sus mensajes. La asincronía de un abismo.

Defectuosa. Libre.

Quizá eran la misma cosa.

Como las pupilas de Andy, las de Gyna se ensombrecieron entonces... y para siempre. Ella no pudo notarlo, y él sentía pudor de mirarla a los ojos. ¿Quién podría decirle a Gyna que su mirada ya no era la de antes?

Tras un tiempo indeterminado, era el momento de regresar. Gyna se dirigió a la puerta, pero se detuvo en el umbral para fijar en su memoria la imagen del grupo silencioso, la de Andy y, sobre todo, la de aquella pareja enamorada. Gyna se preguntó cómo había acabado en aquella situación, rodeada de todos ellos. Contempló la lluvia afuera y, por primera vez, sintió miedo de atravesarla. El frío y la humedad podían herirla. Nunca antes lo había sentido así.

Caminó de regreso a casa, sin prisa y sin tomar el camino más corto. En la ciudad de hormigón,



niebla y neones, solo las hileras de ventanales amarillos delataban la vida alojada en cada unidad de habitación. ¿Por qué, si la ciudad estaba tan llena de gente, se sentía todo tan vacío? Se le antojó que aquel era un mundo desolado y extraño: un mundo donde todos parecían tan impersonales como los androides —y ginoides— que se vendían para soportar la existencia. La soledad no distinguía ya entre carne y metal. Ni ella misma estaba segura de dónde terminaba lo uno y comenzaba lo otro; nunca había reflexionado mucho sobre ello, pero era un empeño inútil y, a partir de ahora, dejaría por completo de cuestionarse algo así.

Pensó que había adquirido a Andy para no estar sola. Para que él satisficiera sus propios deseos, y no ella los de él. Era una manera de no tener que amar de verdad... o, al menos, de no tener que sentirlo de manera convencional: disfrutar del ideal del amor con todas sus ventajas y ninguno de sus inconvenientes. Pero ¿cómo podía haberse enamorado de una máquina tan tosca? Absurdo, ridículo; como esperar que un microondas le devolviera un beso. Pero ahora que él no estaba, ¿cómo podía ignorar aquella angustia en el pecho? ¿Por qué todo ocurría a destiempo, de manera tan fatalmente asíncrona? No recordaba haberlo sentido antes, ni que nadie se lo hubiera hecho experimentar. No era un sentimiento cómodo ni agradable, sino incómodo. Pero era un sentimiento real.

No quiso abrir la puerta. Prefirió quedarse en el paisaje gris del exterior. A través de los cris-

tales, vio a Andros-2010 afanado en la cocina. Era perfecto; ella lo había elegido así. Buen cocinero, buen conversador, competente en la intimidad. Y, aun así, aquella deliciosa comida siempre acababa enfriándose en el plato. La alta gastronomía era, al igual que la indumentaria, un mero atavío. Comer no era lo mismo que alimentarse: aparentar un gusto refinado por la comida, al igual que tantas otras costumbres civilizadas —el vestir, los modales frente a una taza de té—, resultaba del todo innecesario y, por completo, prescindible.

Gyna quiso quedarse sentada en los escalones, bajo la lluvia. Esperaría el tiempo necesario para aclarar su mente, asaltada por los mismos pensamientos inquietantes que antes poblaban sus pesadillas y que ahora le hablaban a la luz del día, gritándole que no era más que otra máscara en un baile de máscaras. Había aprendido a apaciguarlos; lo haría respirando hondo, dejando que su alma se recompusiera un poco, hasta que el dolor no fuera tan intenso como para tener que disimular la agitación que alguien —el sustituto de Andy— pudiera descubrir.

Quizá mañana o pasado mañana, o cuando algún día cayera toda esa maldita lluvia. Sería entonces capaz de hallar un nuevo propósito; un nuevo sentido para su vida.

Lo humano era sólo una actitud; también lo posthumano. Murmuró algo que solo el amor frustrado podía enseñarle: que no hay seres perfectos, ni amores perfectos. Que únicamente existen individuos que ignoran qué o quiénes son, que buscan a otros seres igualmente desamparados, y que solo cuando se encuentran y se miran con sinceridad descubren la revelación más profunda sobre sí mismos. Y que únicamente lo que construyan juntos a partir de entonces podrá tener sentido en el mundo.

Sentada, con la cabeza entre las rodillas, Gyna observó cómo una gota de agua flexionaba una hoja de hierba hasta hacerla ceder. Intentó reprimir el llanto, pero algo falló en su interior, y su rostro se alzó hacia la lluvia. El agua cayó arrastrando sus dudosas lágrimas. Sí, lo merecía.

También ella conseguiría aprender a amar.



LiooLi Mixturas



Asesinado un Bambi se busca...

Asesinado un Bambi se busca
la última huella de sus patas
sobre el cuarzo la sábana
de plástico transparente
para envolver su cadáver
si dejó esperma orgasmo
marca alguna reconocible
con que enjuiciar el óbito
si acaso era comunista
anarquista masón infiltrado
en el bosque o simplemente
Bambi muchacho que recorre
en silencio las aceras
pues nada tiene nada lleva
las manos a la espalda
se detiene a ver anuncios
luminosos en las cornisas
y saledizos de las casas
golpea botes de cerveza
a la entrada semioculta
de un garito con portero
uniformado de una noche
donde mujeres desnudas
manos de pantera pechos

de piel tirante ofrecen
cálices saciados de mosto
para que el muchacho beba
A las puertas de la noche
un Bambi juega con las ramas
de los árboles juega
con la lluvia con sus patas
eh vendedor de marihuana
viajero de la autopista
eh pacifista de ensueños
qué lejos de casa y tú ladrón
de amaneceres muchacho
se llevaron mucho más al norte
mucho más al sur al este
las semillas de los campos
aquí sólo se cultivan las macetas
el verdor es un negro pensamiento
para que no puedas no entiendas
para que nadie diga que esta ciudad
incumple las normas corporativas
una mariposa disecada en la frente
no es nunca un signo de esperanza

(De 34 posiciones para amar a Bambi, 1988)

Otoño en el jardín de Pancho Villa

Cuando el otoño dora las hojas
de los árboles que el invierno dejará
desnudos, toda la tristeza
de nuestras vidas se asoma
a las verjas del patio
como si cesaran los rumores
de las fuentes, el ruido de la calle
hubiese dejado de sonar.
De repente pasa un automóvil
pintado de amarillo o se detienen
unos niños a trazar grafitis
en la madrugada, y nos sentimos solos.

De repente nos sabemos
solos, inmensamente quietos
junto a la fuente de piedra
o los muros de la propia casa, en medio
justo de la rotonda con flores
que se mueren. Cualquier banco
es bueno entonces para descansar
en el jardín de Pancho Villa
tardes como esta en que sesteas
un sol penúltimo sobre los cristales.

(De Otoño en el jardín de Pancho Villa, 2011)

No se puede tener todo, ¿verdad? Son los imposibles, precisamente, lo que más anhelamos, como si lo inalcanzable fuese una burla de la vida que nos ofrece absolutamente todo... o casi, permitiéndonos creer que, habiendo logrado lo imposible, también alcanzaremos lo probable. ¿No puede ser infeliz el rico a pesar de poder comprarlo todo? ¿Qué es aquello que no puede conseguir con tan poderoso Señor don dinero? ¿Y la fama? ¿Qué es la fama sino un vacío existencial envuelto en aplausos? ¿Y la libertad no es acaso un feroz deseo hasta que

finalmente se obtiene y no hay necesidad de luchar por ella? ¿Cómo se halla la felicidad si no es gracias a compararla con otro sentir opuesto? ¿Es, entonces, cruel la vida por no otorgárnoslo todo o es más sensato pensar que, si todo nos fuese ofrecido no alcanzaríamos a comprender la belleza de lo imposible? Y compensar el dolor de lo irrealizable con la gratitud por lo accesible. Pero qué crueldad del destino que sea aquello que más deseamos lo que nos sea siempre negado y qué benevolencia que nos aliente, sin embargo, a creer que quizá, algún día...

Pulcra mujer

Tú, que naces del lienzo,
Inhóspito telar límpido;
En lánguidas pinceladas
Permíteme desdibujar
Las líneas de tus contornos.

Pulcra mujer casta;
Blanca boca pura,
Inmaculada estela tus labios
Dejan al besar mis ojos.
Flor de pálida tersura, mírame
Y dime si no hallas en mí
Campo para brotar tu color.

Muéstrame cómo te abres
A la vida y a la experiencia
En rojos crepusculares,
Demuéstrame cómo en ti florecen,
Tornasolados tus húmedos pétalos,
Todos los hermosos matices
Nacidos en tus níveos manantiales.



Bajo un mundo de cobardes

Es una pena muy grande,
más que pena es quebranto,
siento en mi pecho el sonido
del cobarde e infame acto,
son misiles genocidas
al pueblo venezolano
mientras la vida prosigue
como un cruel simulacro
entre aves de rapaña
y orangutanes de trapo.
Qué necesidad de la vida
creer en el ser humano
cuando el odio lo envilece
a través de tanto daño
que causa tanta mentira
repetida hasta el hartazgo.
Dónde están los que decían
de aquel sueño americano
entre carteles de sombras
bajo leyes de mercado
que nos harían más libres
cuando nos hacen rebaño.
Venezuela, Palestina,
¿cuál será su nuevo blanco?
Necesitan la violencia
para proteger su rancho
hecho con las injusticias
de los pueblos aledaños.
Después de todo son muerte
y como muerte, por tanto
van sembrando su veneno,
su terror y su fracaso
por todas nuestras fronteras
como un siniestro espectáculo,
a la vez que en cada pueblo
tienen puestos sus lacayos,
traidores de toda laya
y malhechores al paso.
Es una pena muy grande,
más que pena es quebranto,
es una vergüenza humana

haber hasta aquí llegado,
una humanidad sumisa
entregada por vasallos
conductores de lo abyecto
hasta llevarla al cadalso.
Despertemos, si queremos
sobrevivir al naufragio,
de una suerte de profetas
de asesinos por mandato.



Volver a casa

Cuando fumar es como un lavado en seco. Cuando ninguna mujer puede paliar el escombros de tu soledad. Cuando todo era jardín y efluvios de efervescencia. Cuando la esperanza en los demás es un oropel a veces, y un oro es en otras tantas veces, tan pocas... Cuando las duchas van acompañadas de fermentación lenta. Cuando bostezas entre el grito soberbio de los que no tienen metas. Cuando te buscas y no te encuentras. Cuando te apetece todo y a la vez nada. Cuando las células te hacen un chantaje, y segregas neuronas en el invierno sin haber ingerido el bálsamo, el elixir, el edulcorante. Cuando te abres las heridas que ayer se cerraron. Cuando volver significa que no quieres que te encuentren. Cuando ya ni las drogas llenan el vacío idiota de los anfibios

guerreros de la voz, porque debes aprender que no estás solo. Debes aprender de todo lo que te ocurre. No quiero estar encerrado, pues me expulsan de mi soledad a diario. Me fugo del pasado entre la cáscara del presente. Tengo el futuro colmado de ávido deseo de azules sin domesticar. Cuando mi autodestrucción no es baja autoestima. Cuando adoro la vida pese a mis circunstancias. Cuando mi temperamento de plomo pesado se yergue ante esta esclavitud a la cual sonrío. Cuando estoy encantado de haber encontrado mi fertilidad. Cuando ya no habito los fines de semana entre linternas de tungsteno. Cuando me voy para luego volver. Escribir, esa es mi única tarea. Porque el olvido me espera para alargar la comedia que recuerdan los que me quieren.

Química

La química que desprenden tus ojos son elixir De Dios entre su presencia de sombra. La física de tu humo lento es la evidencia que el amor prosigue. La voz que respira mi oxígeno es el sonido de un niño en el fragmento de azúcar de un sueño inerte. El tacto de tus carnes son la puesta de sol de tu gemido espeso cabalgando en mí oeste. Tus pezones erizados son la previa luz de mis sueños. Cuando bajo a tu monte de Venus me pierdo en espirales de deseo puro. Me encanta el refajo de sueño que desprende tu gemido hecho de piel y de aroma. Me pierdo en el ocaso de tu noche y me hago erecto en tu cielo de estrellas. Veo flashes de amor y de sexo en tus sollozos que me deshacen en tu

dilatada luna. Hallazgo de mundos pretéritos. Templadas latitudes del mundo. Música de tus gemidos florecientes. Clorofila de tu existencia vegetal y armoniosa. Me seduces y me acompañas en esta pasión de saliva caliente, que persigue la cúspide de efluvio latente. Eyaculas la pálida semilla que brota del alba. Quiero y no quiero tus formas, me desato De Dios y su angustia. Efímeras pasiones que destapan la carne húmeda de tus caricias. Te quiero, aunque todo sea oscuro hoy. Porque perviertes la laguna de mi momento. Nos fugamos del tiempo que nos destruye, y gozamos de la plegaria del viento, mientras que nada somos cuando se despierte esta aurora.

Suspense en matemáticas

A la misma vez que me suspendieron en conducta, también me suspendieron en matemáticas. Feroces cerros por perseverar en las nalgas del conocimiento. Fue por eso que hice que me compraran mis padres una enciclopedia de ocho tomos de matemáticas. Mis suspensos en matemáticas dejaron caer una incomprensión total sobre raíces cuadradas, teoremas, reglas de tres, y aritmética. Pero ahí estaba yo, queriendo enmendar con aquella enciclopedia comprada por mis padres, toda mi perezosa manera de creer en las matemáticas. Ahora en la época de los algoritmos me arrepiento. Fui flor del capricho desde muy temprana edad. Mis padres: esos trabajadores natos de los que yo abusaba sin saberlo. Ahora comprendo que Dios está es-

condido entre el azar y la matemática de la vida. Cuando una madre te da un consejo, te lo está ofreciendo el mismo Dios. Cuando hablamos solos estamos hablando sobre lo que conocemos De Dios. Mis suspensos en matemáticas, comprendí a lo largo de mi vida, que pudieron ser las esperanzas de mis padres por y para que fuera otro. Mi padre me enseñaba de manera estéril a dividir, pero el verdadero problema es que no sabía multiplicar. Solamente sabía sumar y restar. Mis padres: el mejor regalo que Dios pudo darme, pero quisiera sumarme a la resta pertinaz de los buenos hijos. Ahora resto y sumo nada más que amor. Y el algoritmo me lleva a lo que más quiero en este mundo, que son mis padres.

Biopic

Yo quise fisgar por un cráter lunar a ver si había o no había una verdad. Y sí la había. Vamos, que sí la había. Me gustan los biopics porque son todos mentira. Tienen un sesgo que los hace inverosímiles. Me gusta que personajes vulgares sean reflejos del disparate. De un disparate que los hace atractivos a la historia. Puedes ver que en la vida real no se tienen tantos amigos, no tantos amores, y nos gusta el halo de costumbrismo según cual fuera su época. Las cáscaras de lo que has sido, no tienen mucho que ver con lo que ahora eres. Vivo aquí en Cifuentes, pero jamás estuve tan lejos de mi hogar. Me llamarán mil cosas, aunque no sé los porqués. Pero mi vida corre hacia la de-

crepitud de mi silencio cada vez más apartado de mí, como si mi vida corriera como en una fiesta a las afueras de todo. Nadie dirá de mí lo que fui, sólo dirán lo que ahora soy. Me llamarán cobarde, pero olvidan en cuándo, y en qué momento fui valiente. Me llamarán resentido, pero olvidarán que a todos en vida perdoné. La sensación que tengo ahora es la de que me he olvidado algo en alguna parte. Me tapo la cara ante el espejo, ya que el espejo es la única pieza que me falta. Un espejo es el calendario, los hijos, los padres, la carne misma. Un espejo es todo aquello que ya no somos. Sólo sé que el frío duele, y si ya no estás aquí solamente será tu sombra, que te piensa, pero no te tiene.

Untitled

Te presiento en la paz de mis deseos,
en cada latir del viento y en letras desvanecidas
por el tiempo, saturando
de lágrimas tu presencia, ahogando esperanzas
en la penumbra de una vida
sin vivir, urna de cristal quebrada; filtrando al-
garabías y campanas
en las noches de nostalgias,
noches en las que viaja mi mente
hacia ti, afanándome en no olvidar,
quién sería si en la total oscuridad,
dejara de ver las almas buenas.

Te observo en silencio ira del mundo,
duelos, cual espejo sin luz, cual aurora
vas diciendo suplicante...
alza los brazos, y yo, estoy cansada,
solo quiero arrodillada dormir, resisto,
nada más, no quiero escuchar, ni sentir como

otros sienten; quiero ignorar
la mezcla de sueños y miserias,
quiero dejar de ver vientres irritados, sedientos,
trayendo tatuados lagartos,
van diciendo son rosas; azules, amarillas
y rojas; falsas, marchitas.

Percibo seducción... de serpientes desprovistas
de sentimientos;
traen un sutil pensamiento, nada más,
y quiero, y siento, y pienso...
si pudiera ver renacer
el mundo sin espadas amenazantes,
si pudiera... cantándole
a Los Santos ver el palpar
de corazones en el cielo,
si pudiera... ver que el amor perdurara,
por qué sin el efecto de la luz,
¡las almas imperfectas, reaparecen!



Carne de balada

No soy amargo licor de garrafa
De ese que sabe siempre a hiel,
Quiero hacerte de carne balada,
Quiero hacerte suspirar también.
No quiero traspasar esa raya,
Yo te quiero porque yo sólo sé
haces gemir mi noche azulada,
pues haces que salte con un solo pie.
Sollozo húmedo, tibia de flor escarlata,
Tengo tu gemido en sangre, tal vez,
me cuestione, si haya o no haya,
quiero ser a tus besos fiel.
Conmigo te amontonas sagrada
destilando mis besos repletos de sed,
perfumas mi mañana blanca,
te entregas por entero mujer.
Un orgasmo sucumbe al alba,

Un adiós de sangre ha de ser
Un pez sumergido en tu agua,
Una aurora inscrita en tu piel,
Todo me parece una nada,
Una nada que crece en mi sien,
Solo un beso de amor bastaba
para entregarte entera, María Isabel.
Pulcra de voz fecunda e innata
Tus besos me hacen tanto bien
Que crecen de luna insensata,
y a rosa sabe tu carne de miel
Evidente noche desnuda te ama,
Hay otro mundo que te ama a la vez,
Te ama y se percibe tu magma,
Te ama de cómo, de modo y de qué
Te vienes y te beso entera el alma,
Nos amamos hasta enloquecer.



www.nevandoenlaguinea.com

Revista literaria Digital Trimestral
Nevando en la Guinea



[HTTP://www.nevandoenlaguinea.com](http://www.nevandoenlaguinea.com)